

Del español y otros asuntos

Por: Sara Uribe Gómez

Estudiante de séptimo semestre de la Licenciatura Inglés-Español.
En semestres pasados fue integrante del programa de Español
para Extranjeros (Espex) de la Universidad Pontificia Bolivariana
y ofreció el club de conversación y algunas tutorías. Actualmente,
pertenece al semillero Literacies in Second Languages de la
Facultad de Educación de esta misma universidad

Era el grado octavo para aquella época. Un salón numeroso, quizá uno de los más grandes de toda la institución; 49 mujeres esperando por la clase de Español que, hasta ahora, había sido la más aburrida de todos los años anteriores.

Advertían los profesores que quien iba a estar al frente de dicha clase era un docente a quien admiraban y el único que, seguramente, por fin, iba a poner orden a nuestro salón, el cual era la peor pesadilla para cualquiera, según ellos.

Ahí estábamos nosotras, ansiosas por el cambio de la clase, no sabíamos nada del profesor, ni mucho menos de la materia, así que nos dispusimos a esperar.

El reloj marcó las 10:00 de la mañana. Para mi desgracia siempre me tocaba ocupar los puestos traseros, pues nos ubicaban por número de lista (sí, el Uribe en estos casos no tiene mucho valor). Ahí estaba al lado de la puerta y fui yo quien pudo vislumbrar una primera imagen de él: nuestro profesor de Español.

Alto, erguido, muy bien presentado, con lentes, con un gran bigote y unas cuantas marcas de experiencia en su cabeza y con sus libros en la mano derecha; ese era Ramón, mi profesor, o "Moncho", como más tarde le seguiríamos diciendo.

Entró y dijo: "Buenos días", inmediatamente, su voz hizo que algunas compañeras que no se habían percatado de su llegada se acomodaran en sus lugares y siguieran su recorrido con sus miradas.

No era una voz cualquiera, era seca y fuerte, daba cuenta de su carácter y de su experiencia como docente. Se sentó y comenzó a presentarse; su mirada... ¡cómo olvidarla!, más tarde fue él quien nos enseñó a mantenerla así, como él, fija, directa, panóptica y contundente.

Entre todas aquellas imágenes que recuerdo, él hablaba mucho de la lectura, algo que para mí no tenía significado alguno, pero que, por lo visto, debía intentar encontrárselo, pues este tema era fundamental para su clase.

— Saquen sus cuadernos de caligrafía— dice Moncho con un tono muy serio.

Sí, en octavo y haciendo planas, ¿cómo les parece? Pasaba por cada uno de los puestos y con su mirada lo decía todo; de inmediato Moncho notó algo muy peculiar: al escribir, medio salón estaba casi acostado encima del pupitre.

— ¡No puede ser! —dice con su acento de sorpresa—. ¡Cuando tengan 20 ya van andar con caminador por escribir de semejante modo! La escritura tiene una forma y no es esa.

Ya se imaginarán ustedes todo lo que padecemos para aprender a escribir con el tronco totalmente erguido, y si no veía algo decente... "borre y repita la plana", decía Moncho a su paso.

—Para mañana me traen correas de la casa que las necesito para la próxima actividad—. Fue lo último que dijo para despedir la clase.

Nadie salía del asombro, ningún otro profesor había pedido semejante cosa antes, ¿correas? Así fue, las correas estaban al otro día en la clase.

—Saquen la correa— dijo.

Señores, ver cómo se la ajustaba a cada una fijando los hombros contra el espaldar de la silla era increíble, ¡parecíamos en un hospital mental!

¡Moncho! Cómo olvidarme de él, le debo mi caligrafía, mi postura a veces adecuada y, por supuesto, que hoy a mis veinte y tantos no use caminador.